

S. P. BENJAMIN, *Ángel errante*

Traducido por Santiago Martín y Juan Zarandona
Universidad de Liubiana
Universidad de Valladolid

En la actualidad, la narrativa escrita en afrikáans en Sudáfrica da muestras de una nueva consciencia intercultural, una reflexión sobre la relación de la identidad cultural del propio país, Sudáfrica. El escritor André P. Brink, además, dijo en 1991 que la narrativa sudafricana de los últimos tiempos abogaba por una revaloración y reformulación de la dicotomía Yo/Otro. Casi una década más tarde, y en respuesta a las palabras de Brink, Vernon February observó que “La multitud de contribuciones (es decir, a través de las llamadas fronteras de color) es una prueba del profundo arraigo de la lengua y literatura afrikáans en Sudáfrica”. Pues ahora, más que antes, los autores – A.H.M. Scholtz, S.P. Benjamin, Kirby van der Merwe, Jeanne Goosen...– se vuelcan sobre el destino de los marginados, cuya existencia está en peligro. Para ellos, determinada identidad cultural no tiene relación en primer lugar con la *raza*, sino más bien con la *clase* y las contradicciones económicas de nuestra moderna sociedad.

Die lewe is 'n halwe roman (La vida es una novela a medias), de 1999 –título de la colección a la que pertenece ‘Ángel errante’– reúne diez cuentos donde S. P. Benjamin narra un vivo retrato de la vida de Kape Town (Ciudad del Cabo). El ambiente es el de los suburbios desfavorecidos de la ciudad, y, en particular, de la vida de un campamento de corcho llamado irónicamente *Happy Valley* donde aparecen las múltiples caras del desarraigo. Es una realidad mortífera, triste, donde la religión, en más de una ocasión, intenta imponerse como esperanza. La macabra realidad de los cuentos, al mismo tiempo, suele ir acompañada de detalles dulzones e irónicos sobre la vida (pasada o presente) de los personajes. El cuento ‘Ángel errante’ puede leerse como la crónica, y la voz poética, de lo que se lee a diario en el periódico sobre la desgracia humana: violación, robo, hambruna, alienación. El estilo sobrio, sencillo, además, aumenta el espíritu de soledad y alienación de los personajes.

FICHA BIBLIOGRÁFICA:

Autor: S. P. Benjamin

Título original del cuento: ‘n Verdwaalde engel

Traducción del título: Ángel errante

Título de la colección de cuentos: Die lewe is 'n halwe roman (La vida es una novela a medias)

Editorial y fecha de publicación: Queillerie Uitgewers (Kaapstad, Sudáfrica), 1999

Traducción: Santiago Martín y Juan Miguel Zarandona

Jimmy está acostado en su cama dura y escucha los ruidos de la noche.

Agudizando el oído puede escuchar, fuera, los ladridos de su perro y los leves quejidos de su respiración. Jimmy le ha hecho una caseta justo debajo de su ventana con las tablas que ha conseguido de la fábrica que está enfrente de la vía ferroviaria. Es el mismo tipo de madera que aquellos hombres utilizan para construirse chozas para ellos y sus familias.

De noche, Jimmy siempre deja la ventana entreabierta. Muchas noches le molestan los mosquitos y las polillas, pero nunca cierra la ventana. Ni siquiera si llueve a cántaros. Quiere oír a su perro, por la noche quiere saltar de la cama si su perro es atacado por uno de los muchos perros vagabundos. Los ladrones le preocupan poco porque sabe que su Woefer le avisará a tiempo.

De noche también deja abiertas las cortinas, sucias y raídas. Una vez en la cama contempla las nubes por las rendijas. Cuando las nubes pasan volando a paso presuroso por delante de la luna, se cree que llevan ángeles a países muy, muy lejanos y que muy lejos de aquí algo malo debe haber ocurrido para lo cual se requiere la atención y la sabiduría de los ángeles. Pero los ángeles no van y vienen en nubes, razona él, puesto que los ángeles tienen alas largas, lisas y blancas con las que pueden volar adonde ellos quieran.

Cierra los ojos y se imagina un trozo blando de nube blanca que se ha quedado atrapado en el hueco de su ventana. ¿Un ángel? No, los ángeles se ocupan de los buenos, piensa él. O sea, debe ser un ángel que ha perdido el camino, porque él no es un buen chico.

Él sabe que dentro de un rato su padre entrará de puntillas en la habitación. ¡Si tuviera una puerta con cerrojo!, porque esta débil puertecita de tablas de madera la tumba su padre enseguida.

¿Acaso es imaginación suya los ladridos de su perrito que se oyen fuera? ¿También ha detectado Woefer al ángel perdido delante de su ventana? Jimmy quiere levantarse pero ve que el ángel sigue allí colgado. En la oscuridad oye crujidos, algo que está moviéndose. ¿Acaso ese medio ángel intenta entrar por la ventana? Jimmy no quiere acercarse. Tiene miedo de que el ángel lo castigue, se enfurezca con él porque es malo.

Pero es su padre que abre la puerta y entra.

Al igual que otras noches, su corazón empieza a palpar con más fuerza, se le encoge el pecho y empieza a jadear buscando la respiración.

—¿Tienes un cigarrillo para mí? —oye que su padre le pregunta.

Y siente la mano de su padre en su pecho sofocado. Su padre le quita la manta. Su respiración jadea como la de Jimmy.

Acto seguido, su padre coge una cerilla para encender el cigarrillo. La oscuridad no quiere alejarse del todo. Él no dice nada mientras su padre se sienta a su lado en la cama y fuma. Agudiza el oído por si el perrito todavía está a salvo en su caseta. Esta noche, Woefer está más callado que otras noches; normalmente, si huele que el padre entra en la habitación de Jimmy, el perro se pone a arrañar la pared para entrar. Cruje la cama y su padre sale de la habitación.

Con el tumulto, el ángel también se ha caído de la ventana. Tal vez Woefer se ha comido al ángel, ya que no podía ser un ángel bueno. Y una vez, Woefer atrapó una paloma y la mató a mordiscos.

Cuando Jimmy era más joven, pensaba que las palomas eran ángeles, ángeles que jugaban muy alto en el aire. Y que, más tarde, cansadas, después de haber jugado, descansaban en los tejados para cuidar del terreno de la casa y de la gente.

Pero el día en que Woefer mató a aquella paloma, empezó a creer otra cosa. Cuando el perro se la trajo, Jimmy se quedó un buen rato de pie con la paloma en la mano. La sangre cálida caía del pescuezo de la paloma y se deslizaba por sus manos. A lo mejor era un ángel malo, pensó él, esta paloma partida y azulada.

Luego le tiró la paloma a Woefer para que se la siguiera comiendo. Las palomas no son ángeles.

Jimmy cierra los ojos. Se le ha pasado el miedo de reconciliar el sueño. Ya que su padre ha estado con él, quiere dormir y olvidar. Mañana por la mañana cogerá a su perro y él y sus amigos recorrerán las calles en busca de pedazos de chatarra y latas vacías de limonada para venderlas más abajo, a la vuelta de la esquina, en la chatarrería. Él, Petta, Joker, Charlie y el viejo de Theun siempre trabajan en equipo. Así se gana más. Del dinero que sacan compran conservas y cola para esnifar. Después de esnifar, se encuentran en un estado tan próximo al cielo que se ponen a despertar a gritos a los ángeles que suelen dormir la siesta, y los persiguen por entre las nubes. En esos momentos, los ángeles dejan de quererlos. Pero a ellos les encanta revolucionarlos y corretear por entre ellos. Mañana irán en busca de otra tropa de ángeles para espantarlos. Están continuamente buscando algo nuevo.

A Jimmy también le han hablado de una forma de hacer dinero fácil. Y este dinero no se divide entre el grupo, este dinero lo hace uno solo, sin ellos. ¡Mucho dinero! Uno debe ponerse debajo de un puente y esperar a que pase alguien y se pare. Siempre hay hombres que pasan en coches caros; se detienen y esperan a que se asome un chico. El dinero que ganas con esto es mucho más que lo que le dan a uno sacando latas de limonada de riachuelos y papeleras. Y es tu propio dinero, ¡tu propio dinero!

Está oscureciendo cuando John se detiene donde el puente y ve allí parado a Jimmy, medio escondido detrás de un arbusto. El chico, en una mano, tiene un cigarrillo, y la otra la tiene metida en el bolsillo trasero de sus pantalones tejanos. Su cuerpo es esbelto, como el de una jovencita, los hombros y el cuello encogidos debido al frío. El humo del cigarrillo flota delante de su boca como un banco de niebla.

Anoche se encontró con el chico en el mismo sitio. Hablaron, pero él no quiso subirse en su coche.

Jimmy no se fiaba del extraño. Al cabo de un rato, el chico volvió corriendo, a través de unos metros de césped, hacia el campamento de corcho, saltó por encima de la alambrada, sin tan siquiera volver la vista atrás.

Con otros chicos, sin embargo, John nunca ha tenido problemas. Están deseando de irse con él a su casa y ganar unos cuantos pavos. Pero con este mozo, ha visto enseguida, todo es distinto. John para el coche a su lado. Abre la ventanilla del copiloto para hablar. El chico no le saluda, y sigue chupando el cigarrillo esmirriado que sujeta entre sus sucios dedos. La otra mano sigue metida en el bolsillo del pantalón. Primero escudriña el interior del coche y luego le echa un ojo al tráfico.

–¿Has venido solo esta noche?

–¿Adónde vamos?

–Podemos ir a... ¿Por qué no dices tú adónde quieres ir, si...?

–Este no es mi coche.

–Pero tú vienes conmigo.

–¿Adónde vamos? He oído que gente como tú recogéis a chicos y que nunca más se sabe de ellos.

–Pero yo no soy la gente.

–Estás mintiendo.

–Yo no miento. Soy decente. Tengo un buen trabajo y..., y mucho dinero. Ya me he llevado a alguno de tus amigos y ninguno se ha quejado o ha desaparecido. ¿No te han hablado de mí? De mi bonita casa. De la ropa que os...

–Ellos dicen que eso te gusta para...

–Pago bien y os doy de comer y... Y en mi casa os trato bien. Todo es vuestro.

–No se trata del dinero.

–Oh.

–Te gustan los juegucitos, dicen ellos. Dicen, además, que te comportas como un loco. Dicen que eres salvaje. Que les pegas si no hacen lo que les mandas.

John suelta la risa.

–Está haciéndose tarde. No puedo quedarme aquí toda la noche.

–¿Estás loco?

–Ah, te están inculcando miedo. Y sin embargo veo que no eres un chico miedoso. Tienen envidia, ¿sabes? Tú eres un chico guapo y ellos están celosos de ti. Sé que te gustaría pasar un rato

conmigo. Cuando te vi con ellos, hace unos meses, te quise enseguida. Aquella noche ya quise invitarte a mi casa.

–Pero ni siquiera me conocías.

–Lo sé, pero tú..., eres un chico precioso.

–¿Eres realmente tan loco como dicen?

–¡Qué va! Sólo que me gustan los jovencitos. Yo también tuve un hijo, ¿sabes? Tenía más o menos tus años cuando él...

–Mientes. Dicen que estás solo.

–Tienes razón. Mi hijo tuvo un accidente. Un coche lo atropelló cuando iba en bicicleta. Tenía la edad que tú debes tener –dice mientras se inclina hacia delante para estar más cerca del chico–. Si hablo de ello me duele el corazón. Tengo fotos en casa, si no me crees. Su habitación está tal y como él la dejó. Si vienes, puedes comprobarlo tú mismo. Y si realmente quieres, puedes dormir esta noche en su cama.

–¿No me estarás mintiendo, eh?

–¿Vienes?

–Quiero ir y ver bien la habitación. Tenía..., tenía también un perro.

John se da cuenta de que debe jugar sus cartas con sumo cuidado. Por lo visto, los otros chicos no le han contado a este joven lo que se espera de ellos.

–Pues entonces deberíamos irnos ahora si quieres volver esta misma noche.

Y le abre la puerta al chico.

Jimmy se sube con cuidado. El motor arranca, hacia el pueblo. Al cabo de un rato, John reanuda la conversación.

–Eben, me llamo Eben –se presenta. El chico ni mira en su dirección–. No me he quedado con tu nombre...

Jimmy sigue con la mirada absorta.

–Necesito cigarrillos –dice él, y tiende la mano para encender la radio.

Después de un rato, John se para donde un bar. Aparca el coche, alejado de ese tramo de acera, para que no esté del todo en el ángulo de luz que sale desde dentro e ilumina la grava. Mientras sus dedos corretean por el brazo superior, le pregunta a Jimmy si le apetece una limonada. El chico no dice nada. El hombre anda por la grava a comprar cigarrillos.

Jimmy tiembla. Es la primera vez que un hombre le toca así. Esto es lo que su padre por las noches...

Quiso decirle que no estaría mal una limonada, pero no pudo mover la lengua entre sus rígidas mandíbulas. Siente que todavía tiene piel de gallina. Por un momento ve la luna por encima del tejado de una tienda, atrapada en la antena de televisión. Esta noche no hay ni una nube en el cielo. Cierra los ojos porque no quiere ver cómo se acerca el hombre por la grava. El interior del coche huele a limpio, como un jarrón con flores. La música es bonita.

Al abrir de nuevo los ojos, Jimmy ve un ángel sentado en el tejado de la tienda, en la antena de televisión. Un ángel partido. Por el rabillo del ojo ve que el extraño viene por la grava. Abre de un golpe la puerta y sale corriendo calle a través, hacia la oscuridad. Debe salir de esta situación. ¡Es un ángel malo!

John se mete la cajetilla de cigarrillos en el bolsillo del pantalón y corre detrás del chico. Al término del sendero de grava, John alcanza a Jimmy, lo coge pero, en la empresa, pierde el equilibrio. Se caen los dos al suelo y la grava se mete por la ropa y la piel.

Jimmy se revuelca. Da patadas e intenta pegarle al hombre en la cara. Tiene la garganta seca y respira con dificultad. El peso del hombre encima le aprieta el pecho.

–¡Quita! –grita él–. ¡Suéltame! ¡Suéltame! –chilla mientras patalea y sacude golpes para soltarse.

–Está bien, está bien –le tranquiliza John mientras tiene al chico bien apretado contra su cuerpo. En la lucha hinca su cara contra el pecho del chico y huele el sudor y la humedad y el polvo pegados a su ropa. Cuando Jimmy deja de oponerse, John afloja la llave alrededor de los brazos del chico.

–Está bien, iremos a ver la habitación, te lo prometo. Lo prometo. Te voy a enseñar la habitación y te traigo aquí. Te lo prometo.

Suelta al chico que está temblando y se levanta del suelo, se sacude la ropa mientras comprueba si los han estado viendo desde el bar. El coche sigue en el mismo lugar oscuro. La acera de la tienda también está desértica; el viejo griego estaba comiendo justo cuando él entró en la tienda. Le ayuda al chico a levantarse del polvo y hace que se ponga delante de él. Le limpia la rompa. La camiseta se ha roto por el cuello. John mete la mano por esa desgarradura y siente la piel caliente contra sus dedos. No es imaginación suya el palpitar de su corazón.

–Si en casa hay una camiseta en el armario que te guste, es tuya. Me parece que uno que otro pantalón también te quedaría bien. Pero, venga ya, no vamos a estar aquí pasando frío.

Coge la mano de Jimmy y juntos vuelven hacia el coche. Deja entrar primero al chico, cierra la puerta y rodea el coche. Después de un buen rato en coche, saca la cajetilla de cigarrillos. La pelea le ha despertado una curiosa excitación en su interior. Le tiende la cajetilla a Jimmy. Las manos aún le tiemblan un poco.

Jimmy mira por la ventanilla. Ahora no le apetece fumar. Las manos también le tiemblan demasiado. Tiene las rodillas heridas y le duelen. Tal vez este hombre no sea como su padre. Parece decente; tal vez sus amigos han querido infundirle miedo. Tal vez debería contarle a este hombre lo de su padre malo... Ahora no quiere pensar en ello. El coche se desplaza por entre las casas y mira por si puede reconocer algo. Casas grandes y bonitas, y no como los refugios de cinc donde vive él y su familia. Cuando el hombre le pregunta de nuevo si todo está bien, él asiente con la cabeza y la vuelve hacia aquella voz suave. Su padre es malo. Este hombre no es como su padre.

Cogerá las camisetas que encuentre en esa casa. También todos los pantalones que le queden bien. Pantalones nuevos, pantalones chulos que pueda ponerse los domingos. Y también el dinero. Su propio dinero que no tenga que compartirlo con los amigos. Tampoco enseñará el dinero en casa. Será solamente suyo. Si le gusta la habitación, volverá más veces a estar con este hombre. A lo mejor le pide que se quede. Pero entonces debería traerse a Woefel.

–Me llamo Jimmy –dice por vez primera después de haber reanudado el viaje en coche.

Ellos están sentados en el salón y escuchan música. John ha preparado limonada. Mientras él estaba en la cocina, Jimmy ha estado espiando por el pasillo a ver si podía ver la habitación del hijo. La puerta de la habitación debería estar llena de pósteres. Los niños siempre hacen eso cuando tienen su propia habitación. Pero no logró ver mucho desde donde él se encontraba. John enciende un cigarrillo para sí mismo y otro para él. Ahora sí le apetece fumar a Jimmy. Al cabo de un rato John va a la cocina a por más limonada. Al volver, Jimmy ha subido el volumen de la música. Baila como si se hubiera olvidado de John.

John se sienta con el cigarrillo entre los labios. El humo sale, en forma de jirones finos, por su boca. Contempla al chico. ¿Cuántas noches solitarias no habrá bailado él así? Uno deja atrás la miseria y en el baile pone rumbo a islas exóticas, tras almas extrañas que flotan muy por encima de las nubes. Es un baile que sólo entienden los más solitarios de los más solitarios.

–Jimmy –dice él–, ahora nunca más te vayas y salgas volando de mi lado.

Jimmy está en las nubes. Por allí van los ángeles, indica con las manos que agita por encima de su cabeza. Los ángeles le tienden sus alas. Vamos juntos, Jimmy, le gritan, ¡vamos juntos! John vuelve a la cocina a por más limonada rica. Los ángeles encima de la cabeza de Jimmy vuelven a gritarle.

–Jimmy es mi nombre –dice él sin parar–, Jimmy, Jimmy.

Al volver John al salón, el chico se encuentra tendido en el suelo. Se inclina sobre el niño dormido que está soñando y recorre su nuca con los dedos. Entonces le quita la camiseta con cuidado. Sus manos descansan en el joven pecho en sueños.

Lleva al chico al dormitorio.

John es el primero en despertarse. A su lado, Jimmy sigue durmiendo profundamente, tapado con una sábana. John quiere acariciarle la mejilla con sus dedos. Pero se echa atrás. Con cautela levanta las piernas de la cama. Es viernes de madrugada y debe ir al trabajo. Se pone el pantalón y

se dirige al cuarto de baño. Se vacía la vejiga, se baña y se afeita. Cuando vuelve al dormitorio, el chico se ha dado la vuelta en su sueño. La sábana se le ha caído al suelo. Se sienta al lado del chico y de nuevo quiere tocarlo. Entonces mete las manos en los bolsillos del pantalón y deja descansar la cabeza en su regazo. No puede dejarlo así hasta muy tarde. Se levanta de la cama, consulta el reloj y enciende un cigarrillo. Sale de la habitación. En el pasillo se para delante de la puerta de una habitación. Saca un llavero del bolsillo y abre la puerta. Una vez dentro, la cierra de nuevo. La habitación está desordenada. Entre viejos periódicos y otros trastos se abre un camino hacia un armario situado en uno de los rincones. Casi tropieza con un viejo cortacésped. Saca del armario unas cuantas camisetas de niño nuevas que se trae del trabajo. También varios pantalones. Debería arreglar la habitación. Todos estas revistas y libros viejos deben desaparecer. Si sigue con el cuento de que ha tenido un hijo, debe decorar la habitación también de tal forma. La ropa que ha sacado huele un poco a rancio.

Volviendo al dormitorio, ve al chico sentado sobre el filo de la cama. Se ha puesto la ropa que llevaba ayer.

–¿Has dormido bien? –dice John mientras le tira un puñado de ropa a su lado–. Anoche íbamos a ver qué te quedaba bien, pero tú... Estabas muy cansado.

–No me acuerdo –dice Jimmy y se quita el sueño de los ojos.

–Pues sí, estabas muy cansado. Tal vez por el choque que tuvimos al principio.

–No me acuerdo de nada. ¿Hemos ido a ver la habitación?

–No, pero te he sacado unas camisetas y unos pantalones. Y debemos darnos prisa; debo ir a trabajar.

–Pero yo no puedo volver a casa con la ropa rota.

–Ponte esta ropa, ¡ahora es tuya!

Sin hablar serpentean por entre el tráfico matutino. John enciende cigarrillos para los dos. Le ofrece uno a Jimmy. El chico lo acepta y aprieta una colilla roja en el cenicero. Se mete el cigarrillo en el bolsillo de su nueva camiseta.

–¿Cuántos años tienes, Eben? –quiere saber Jimmy de repente.

El hombre no responde inmediatamente. Primero le da una chupada al cigarrillo.

–Treinta y seis –dice él, y adelanta a un coche lento.

–Ya eres viejo.

–¡Ah!, tal vez parezca así porque tú eres tan joven.

–Mi padre tiene cuarenta y seis.

-No sabía que tenías padre.

-También tengo un perro. Uno pequeño. Woefer.

-Oh.

-Mi madre no puede andar. Está todo el día en una silla de ruedas. Si quieres, me quedo a vivir contigo en esa habitación. Pero quiero mi propia llave, ¿eh? Y Woefer también debe dormir conmigo en la cama. Puedes ser mi padre si quieres. Yo, yo y mi perro estaremos esta noche esperándote donde el puente.